

•ooo

Los "Cuentos de Minería" de Efé Gómez

Jorge Alberto Naranjo Mesa



Sociólogo
Profesor de la Facultad de Minas
Universidad Nacional de Colombia.
Apartado Aéreo 1027. Medellín - Colombia

1. Un testimonio singular.

Uno de los temas principales de la cuentística de Efe Gómez es el de la vida en las minas. Hay por lo menos siete "cuentos mineros" autoría de quien fuera uno de los más connotados ingenieros de la Antioquia de principios de siglo. En esos cuentos dejó don Efe un testimonio singular de las costumbres e idiosincrasias de la multitud que gravita en torno de vetas y aluviones, un retrato vivo de los oficios y de los seres que los ejercen, sea en las propias minas o en los pueblos que prosperan a costa del trabajo en ellas: administradores y accionistas, inspectores y comisarios, químicos y molineros, taladradores y dinamiteros, barequeros y cocheros, furgoneros y carreteros, criadas y cocineras, almacenistas y proveedores, como un enjambre alrededor de la dorada fuente; y un poco más lejos, en los pueblos vecinos, la multitud de preñados y comerciantes del oro, las meseras y meretrices, los fulleros y tahures, los aventureros y holgazanes, los mandaderos y los arrieros, y en las últimas la policía y el alcalde para organizar toda esa turbamulta.

Hay en esos cuentos la reconstrucción de una época y una atmósfera social de mucha importancia en nuestra historia regional. Don Efe creó un micro-cosmos de la minería paisa: relatos de socavones profundos ó de minería a cielo abierto en los que se encuentra un examen minucioso de las pasiones del minero, la pasión del oro ante todo y, luego, las del juego y del derroche; relatos que nos muestran -como en uno de los mejores cuentos de Mussil- que en las minas y en sus alrededores los sentimientos tienen una fisonomía distinta más telúricos, más elementales y brutales; relatos donde el amor -si no es cuestión de cinco pesos- es asunto de vida ó muerte, y donde el heroísmo se prodiga sin aspavientos y sin retórica. Esos cuentos mineros guardan una geografía vivida de la Antioquia minera, retratos insuperables de este paisaje quebrado, difícil y majestuoso; guardan semblanzas de hombres inolvidables, de minas legendarias.

Pero no son obras apologéticas. El arte de don Efe también sabe ponderar los límites de la empresa minera, los desastres morales que acarrea, la catástrofe ecológica que sigue al paso de los buscadores del que llamamos "vil metal". Creo que esos cuentos mineros deberían ser de lectura obligada para todo estudiante de la Escuela de Minas, y particularmente para los de la carrera; la realidad debe ser verbalizada para que no se nos imponga tan crudamente, y don Efe le da la palabra al minero tal cual es, entremetido en una experiencia compleja y peligrosa. Un estudiante que conozca esas obras de arte se encontrará mucho mejor orientado para reflexionar sobre el sentido de su propia vocación.

2. Las escorias del oro.

Como Carrasquilla, Efe Gómez puso su corazón del lado de los condenados de la tierra, de las pobres gentes, de las almas rudas. Sin sentimentalismos, pero con honda sensibilidad, Efe se mantuvo atento a los procesos de pauperización y desterritorialización de los humildes. Dentro de sus cuentos mineros ese punto de vista ético y estético opera de modo constante, y distribuye compasiones y sarcasmos, simpatías y desprecios, elogios y críticas.

"Voy a darte un consejo: a los que tienen y a los que puedan más que tú, témelos siempre, y sobre todo témele al gobierno. Tú no sabrás, sin duda, lo que es eso. Voy a decírtelo: el gobierno es una persona muy mala que nos coge a los pobres y nos lleva a la guerra a pelear sin rabia y sin motivo y a corrompernos; y después, cuando peleamos con razón por asuntos nuestros ó enloquecidos con el aguardiente que él mismo nos vende, nos trae al presidio y nos carga de cadenas". (O. C., TI, p. 145)

Un ejemplo particularmente interesante de esa actitud es el relato intítulado "El monito Fleis", que don Efe dedicó a las víctimas de la crisis de 1930. En su primera versión ya era una obra de humor muy amargo, de un pesimismo absoluto, con un final de lo menos feliz; en su segunda versión es aún más terrible, más incisivamente irónica, y con un final desesperanzador. Fleis "era diligente, era honrado". Al "berriarse" la mina de Echandía y perderse los filones de oro, se queda sin trabajo, y lleno de obligaciones como se encuentra, arranca a buscar qué hacer. Se aproxima a unos señores de plaza a ver si le encargan un mandaíto, y ellos sonríen ante la ocurrencia: ¡cómo se le ocurre a Fleis distraerlos con minucias, a ellos que están comentando la crisis de la mina!. "Fleis pa'guaimarón", comentan; y Fleis se apena por su ocurrencia, y se va de camino, a levantar ayuda en Marmato con algún míster. Y le repiten que no sea tan ocurrente, y sigue su camino hacia Boquerón. De golpe divisa "un hombre rubio, bello; vestía larga túnica ceñida a la cintura; la partida barba y los cabellos, como mies, dorados; los ojos grandes, mansos". Fleis se arroja a sus plantas de rodillas, y el Señor posa sus manos sobre los hombros del monito, y lo mira "con sus ojos absolutos", y quiere seguir de largo. Fleis le cierra el paso. "Señor, un peso siquiera", le

pide, "mi mujer no tiene para alzar el fogón y mis hijos lloran de hambre...", suplica. Y el Señor, severo por la interrupción, le lanza esta amonestación: "pero hombre Fleis, tienes tamañas ocurrencias, ¡que te parece! Yo con hartó afán buscando la manera de completar la remesa de don Bartolo-mé Chaves y tú, ¡dale! con la simpleza de que en tu casa no amanece con qué desayunar!". Y Fleis conpungido, se queda monologando mientras Cristo se aleja camino de la mina de Echandía: "tengo yo de veras unas ocurrencias.. ¡unas ocurrencias!". Y concluye la primera versión del relato sin que ocurra otra cosa que esas ocurrencias del monito Fleis...

La historia funciona, en el relato, como una antiparábola. Un heredero botaratas, que fanfa-rronea de su fortuna como si la hubiese labrado por su cuenta, afirma a boca llena que "el éxito en la vida tiene un nombre" y es "yo quiero", tesón, voluntad. Sus interlocutores le muestran su equivocación con varias "antiparábolas" de la que la más conmovedora es la de lo que le sucedió a Fleis.

Historia terrible, no lo es tanto como su continuación. Años más tarde don Efe publicó en la revista "Claridad" de Medellín el mismo relato con esta adición: murióse Fleis y dejó en la miseria a su esposa e hijos; pero morirse no fué consuelo, porque resulta que también en la vida eterna debe uno ganarse como sea el sustento y el aire que aún se respira. Fleis trabaja de cargador de Dientedioro, usurero de Marmato, a cuya alma no le gusta pisar tantos pantaneros infernales....

Historia despiadada, impía -tal vez- para algunos, de rasgos voltaireanos. Y no obstante, suscita en el lector una simpatía, y una compasión, que ningún sermón sentimental suscitaría. Don Efe va directo al núcleo del asunto, sin dorarle píldoras a nadie. No hay oro sin escoria.

3. La elocuencia de los actos.

Mucho se ha insistido en el pesimismo de Efe Gómez. Kurt Levy, por ejemplo, cree probada la influencia de Schopenhauer sobre el antioqueño. Sin embargo Levy poca atención presta al influjo de Nietzsche sobre Efe, influjo que, de existir, necesariamente debió matizar las ideas schopenhaureanas del novelista. No hemos de confundir pesimismos con realismo, ni el desinterés schopenhaureano con la indulgencia nietzscheana. Hay un inmenso amor en la base del pesimismo de Efe. Si fustiga implacable la hipocresía y el filisteísmo paisas, elogia sin reservas el estoicismo y el

empuje, la "lucha denodada contra los obstáculos", la "plasticidad intelectual", la fecundidad y el ardor de nuestra raza.

Hay dos relatos aproximadamente paralelos en su temática, hermanos en su factura, que sirven para examinar más de cerca ese famoso "pesimismo" de don Efe. Se intitulan "En las minas" y "Lorenzo". Ambos relatos se desarrollan en la vecindad de las minas, entre parrandas y paseos. En ambos hay un filipichín que tiene más palabras que obras. En un caso se trata de un sobrino de accionista, muy donjuan él, que quiere tomarse por asalto a una de las trabajadoras de las minas. En el otro se trata de un militar cuyas hazañas no brillan tanto como sus galones; pero las lustra y las ilustra con vehemencia para cortejar a la hija del patrón de la mina. En ambos casos aparecen como héroes unos pobres muchachos mineros, honradamente enamorados de las damas que otros cortejan. Toño y Lorenzo tipifican la bondad sencilla, el sentimiento puro, la fuerza de la sangre, la virilidad sin machismo, la ternura incondicional. Pero hasta allí llega el paralelismo. Ambas historias se adentran, para concluir, en los socavones. Don Efe pinta esas galerías y túneles con mano maestra, y allá pone las respectivas escenas finales. En un caso, el de Toño y su rival, desesperado de ver los abusos del otro con su novia, convencido de que matarlo no resolverá nada pues luego vendrá la justicia de los ricos a cobrarle su crimen de pobre, Toño hace estallar un taco de dinamita de un martillazo mientras el rival lo mira atónito, sin palabras para evitar la elocuencia del acto. Ambos mueren y al final sólo queda el llanto de la novia viuda. En la historia de Lorenzo, en cambio, la solución es opuesta. A punto de morir todos, el patrón y su hija, el lindo soldadito y Lorenzo, atrapados en un ascensor de la mina mientras las mechas encendidas están a punto de tocar los tacos de dinamita bajo ellos, y están a punto de estallar, Lorenzo salta como un gato a las paredes y con enorme sangre fría va apagando ó va arrancando las mechas una a una, y salva a los visitantes. El soldadito, hasta allí llega. La dama pone sus ojos en Lorenzo y, por una vez, el amor puede más que los rencores.

Ambos relatos son magistrales. El primero es el triunfo del pesimismo, a la manera de Mussil, y quizá avale plenamente la aseveración sobre el influjo de Schopenhauer en Efe Gómez. Pero ¿el segundo? "Lorenzo" es una canción de vida, un himno de amor y de esperanza. El artista Efe Gómez no era un negador de oficio; era exigente con la afirmación, que no es lo mismo. Lo cierto es que la comparación entre los dos relatos pone en duda la supuesta fruición de don Efe con el pesimismo. Un final feliz no es imposible sino poco probable....

4. Un Zarathustra maicero.

En otro de sus cuentos mineros, que lleva el mismo título que este acápite, Efe pasa de largo por las visiones schopenhaureanas para elevar un canto -paísa y nietzscheano a la vez- a la voluntad de vivir y dominar enseñadas por Zarathustra. El héroe del relato es un paísa empujador y alegre, exuberante de vida y de anhelos, astuto sin malicia ni mala fé. Como dice Efe, "un valiente que merece su fortuna". Puede que, cristianamente, se deban achacar a Cárdenas -el zarathustra maicero- casi todas las faltas contra el séptimo, noveno y décimo mandamientos. Si embargo, en buena lid, Cárdenas no roba, ni codicia los bienes ajenos, ni desea la mujer del prójimo. Sencillamente impone su habilidad de minero, se torna el jefe natural de la tropa de buscadores de oro, el amigo de los niños, el amo de los perros, el esposo de una mujer sin amor aunque ajena. Nada roba: es un imán que atrae; no llama: van a él, oro, propiedades, mujer. Ninguna culpa siente, antes da gracias a la vida que le dió tal suerte. El pecador, si es que lo hay, es más bien quien lo perdió todo por debilidad y cobardía, y se hunde en la amargura; no supo amar, y no supo pasar: y esto, zarathustrianamente, es un pecado contra la vida.

Claro que podrá parecer que don Efe no es consistente; tal vez parezca que la compasión por Fleis debería extenderse al desheredado de esta historia que comento; y tal vez parezca que los elogios al Zarathustra maicero deberían extenderse a los patrones de Fleis, tan industriosos y emprendedores ellos. Y si fuera así ninguna de las dos historias tendría un sentido ético preciso. Pero Fleis era diligente y honrado, el otro era débil e inconstante; y Cárdenas era un trabajador, no un heredero parasitario de los trabajos de otros. Nietzscheanamente no hay inconsistencia alguna. El amor a la vida es lo que valoriza las actitudes y las diferencias en cada caso....

5. La muerte estoica.

Entre los cuentos de minería de Efe el más conocido es el que intitula "La tragedia del minero". Es el relato de una agonía y una muerte estoicamente aceptadas por un minero que se queda sepultado en un organal hondo y ciego, que sobrevive varios días y desde allí dá ánimos y orienta a los compañeros, quienes -afuera- esperan indecisos el desenlace

"Váyense muchachos...ya hay agua aquí. Con el invierno ha brotado entre las piedras... Déjenme los tabacos que puedan, fósforos y mecha y ... váyanse.... ¿Qué se suplen con estarse aí?... Váyanse, les digo. Déjenme a mi el alma quieta: ya yo estoy resignao con mi suerte. Lo único que siento es no conocer al hijo que va a nacer, ó que me habrá nacido ya. ¡pobrecito güérfano!... Me le dicen a doña Luz que aí se los dejo... a él y a Dolores. Que los cuide como propios... y no me llamen más, porque no les contesto..." (O. C, TIII, p. 158)

Kurt Levy extrañamente, juzga que los compañeros de Manuel, el minero sepultado en vida, "no piensan sino en sí mismos" y lo abandonan a su suerte. Esto es haberse perdido la esencia trágica de la situación, el "color particular" de la tragedia del minero. Nadie abandona a nadie, los amigos se quedan una semana en las afueras de la tumba, aún a riesgo de morir también, por falta de víveres. La tragedia se desarrolla como imposibilidad de hacer nada que lo salve. La tragedia surge del conflicto entre la lealtad y la impotencia: es asunto del destino y los mineros sólo pueden ponerse a la medida de la prueba, no evitarla, "¿Qué hacíamos, pues, nosotros? Venirnos. Venirnos y dejarlo: ¡cosa pa'más berrión!.. Cosa pa'más trágica.. Y si la viuda los acusa y los llama "cobardes que dejan a un compañero abandonado", ellos saben que no podía hacerse otra cosa que obedecer al ya difunto, que les decía: ¿Qué se suplen con estarse aí?". La "tragedia del minero" no es el triunfo de la muerte, sino el de la voluntad estoica sobre el destino. Lo trágico es precisamente ese triunfo, que no puede exorcizar sino sólo afirmar un destino mortal...

6. Cuadros de costumbres mineras.

En todos estos cuentos que he venido reseñando dejó don Efe diseminados exquisitos cuadros de las rutinas de los mineros, de la vida cotidiana de los campamentos, de las diversas fases de la explotación aurífera -desde la exploración y el desbrozar de montes hasta la seña del filón magnífico, hasta el adentramiento en las entrañas de la tierra, y los acarreos de material y la molienda y la química y la metalurgia. Describe inolvidables escenas de labor y de descanso. Escenas de amor en lo hondo de los socavones, bailes de campamento, tertulias de hamaca; y, siempre, magnífico, el paisaje antioqueño y ehocoano.

Hay sin embargo un cuento en el que don Efe saca a primer plano el aspecto costumbrista, que en los otros relatos está disperso y en función de apoyo a un tema principal, sea como elementos que dan una atmósfera de verosimilitud, un "ambiente" histórico-geográfico creíble, una ubicación espacio-temporal a los sucesos de la narración, o bien sea (aunque a veces satisfacen ambas funciones a la vez) como eslabones de la música escritural, como pausas, transiciones, interludios en el desarrollo argumental de la historia, es decir, como elementos dramáticos que ese gran compositor de cuentos dosificaba con una maestría sólo comparable, entre nosotros, a la de Samuel Velásquez. Hay un relato, digo, que es casi una crónica ó un cuadro de costumbres, de donde el tema es el propio elemento ambiental, la propia atmósfera, el cuadro geográfico, la crónica histórica, en fin, la evocación plena de un campamento minero. Se intitula "La campana del Conde" y se refiere a sucesos y ambientes vividos por Efe Gómez en la época de sus trabajos en las minas de "El Zancudo". Por esa historia pasan evocaciones inolvidables de Nito Restrepo, de Miguel M. Calle, de los propios andares de Efe (en uso de buena soltería y resistente hígado, pero solo, solo a pesar de todo y de todos). Hay también una leyenda (¿leyenda?) sobre un tal Armando Duval que se trajo su campana a repicar a Titiribí después de haber tañido sus llamados en lo más dulce de la dulce Francia. Y hay una vista aérea sobre el campamento y el paisaje que perdurarán siempre como una de las más bellas estampas de la montaña antioqueña. No reseñare el "argumento", que es más bien hasta débil. Aquí hay un cuadro, un "collage" si se quiere, mejor que un argumento. Aunque sí se perciba una intención estética precisa: enaltecer la empresa de los antioqueños, vía la evocación cálida y afectuosa de la vida en "El Zancudo".

No privaré al lector del placer de leer por sí mismo el relato-crónica de don Efe. En cambio, para no dejar sin un ejemplo preciso estas anotaciones sobre su arte de pintor de costumbres mineras, presento a continuación una escena tomada del "Zarathustra maicero":

"Fue una escena silenciosa. Aguilar tomó su piqueta, hirió el venero y lleno la batea. Era un material suelto, carmíneo, lleno de piritas oxidadas. El propio se inclinó sobre la corriente a verificar la cateada; luego se irgió, le dio pinta, y silencioso, pálido, me alargó la batea. Temblaba yo al cogerla: una lengua áurea, lengua de perro cansado, como dicen los mineros, se tendía desde

el centro de la batea hasta su borde. Nadie habló nada; pero los corazones todos batían en los pechos una diana de alegría a ese radiante amanecer de la fortuna y los ojos fulguraban. Silenciosos -que anohecía ya- tomamos el camino de la tolda".

Es bellissimo; lo entendería cualquier barequero analfabeto -si lo leyera por ejemplo un ingeniero en el campamento. Añadamos en todo caso, para que el lector no se entusiasme indebidamente (pues merece ver cómo le brillan los ojos ante esa "lengua áurea") que al otro día, a la luz clara de la mañana, ese oro resultó ser mica y "oro de pobres"...

7. La gente de las minas.

Finalmente, en la novela que Efe escribiera durante tantos años, y que publicó bajo el expresivo título "Mi gente", buena parte del argumento se desarrolla entre minas y mineros. Por una parte está la turbulenta vida de Pedro Zabala en sus años de estudiantes en la Escuela de Minas. No es un retrato del todo amable con las costumbres estudiantiles de la época ni con las clases altas medellinenses; y si se juzga por las apreciaciones de Maitre Rabelais, tampoco es un cuadro tan objetivo... Y luego de la fuga de Zabala hacia el Chocó, prácticamente toda la historia transcurre entre mineros. Como se sabe, varios de los cuentos publicados por Efe como tales -y entre los cuales se incluye alguno de los comentados- fueron trozos de la novela (por entonces inédita) que el autor entresacó para publicación independiente. Pero aún así hay en la novela trabajos y estudios de Efe acerca de la "colonización minera" del Chocó que no se publicaron en otra parte y que merecen tanto aprecio y atención como los anteriores. Las selvas que Efe describe son selvas de verdad, los ríos fluyen con murmullos tamizados, las trochas serpean bajo los árboles y a través de los pantanos, el viento ruge libre, las nubes pasan en caravana continua por el bajo cielo. En el fondo de todo reina un gran Silencio. En la literatura colombiana sólo Rivera logró descripciones de la selva comparables a las de Efe, pero lo de éste se hizo con un amor por esa selva y ese trópico y esas gentes que en nada se parece a esa mezcla de pasmo y repudio que inspiró los cuadros selváticos de Rivera...

8. Coda.

Si, vivo, Efe Gómez fué maestro connotado de la Escuela de Minas, profesor de metalurgia, ahora podría ser profesor estimadísimo de un curso de contextualización para ingenieros de minas. El estudio de sus cuentos mineros puede abrir mundos al joven de vocación indecisa, hacerle dar un paso más seguro en su elección, con mejor conciencia del oficio al que se adhiere ó del que se aparta. Imaginemos un curso que se intitule "Literatura para mineros", por ejemplo, ó "Relatos de Minería". El programa incluiría la lectura y estudio de obras como:

- a. *Las Minas del Rey Salomón, de Ridder-Haggart,*
- b. *El Corazón de las Tinieblas, de Conrad,*
- c. *Marianela, de Pérez Galdós,*
- d. *Tres Mujeres, de Mussil,*
- e. *El Amante de Lady Chatterley, de Lawrence,*
- f. *En la mina, de Kafka,*
y, para concluir con relatos de minería antioqueña,
- g. *Los cuentos de minería de Efe Gómez,*
- h. *Hace tiempos, de Carrasquilla.*

El joven pasará por el examen de problemas tan claves como "minería y colonialismo", "minería y pauperización", "minería y salud ambiental", "las élites en la mina", etcétera, etcétera. Con un poco de sentido histórico, un buen profesor haría, paralelamente a esas lecturas y su comentario, un curso de geografía y geo-política minera; en la forma tal vez más amena, podría dar a los jóvenes lecciones vivas de legislación minera, de impacto ambiental de las explotaciones, de ética del oficio, que surgirían y podrían ser tratadas de la manera más natural vía el análisis de esas obras propuestas y las otras que se juzguen de interés.

Y si los maestros, así no aspiren a ser nunca sino profesores de metalurgia, leyeran y meditaran los cuentos de Efe Gómez sobre minería, sospecho que serían mejores maestros, más elocuentes para transmitir el amor por el oficio. De paso haríamos a Efe Gómez el mejor de los homenajes: continuar su magisterio inolvidable en la Escuela de Minas.

Medellín, mayo 18 y 19 de 1993.